

de soldados nativos de Oaxaca contra el enemigo común.

Pero aún cuando el Teniente Coronel Díaz había señaladamente derrotado las fuerzas reaccionarias de Mixtequilla, no había aún terminado su tarea, pues el enemigo continuaba activo.

El General Mejía, Comandante de las fuerzas del Gobierno en el Estado de Oaxaca, sufrió una severa derrota en Teotitlán, en la parte Norte del Estado, y los tres mil hombres bajo su mando fueron puestos en desbandada y dispersos. Cobos ocupó la capital del Estado é invadió todo el territorio comarcano, quedando fuera de su dominio los dos Cantones situados al Sur del Estado: Tehuantepec y Villa Alta, así como Ixtlán, Juchitán y Chapam. En todas partes, excepto las ya mencionadas, protegidas por las operaciones del Teniente Coronel Díaz, eran derrotadas las fuerzas militares del gobierno.

Tan desesperada se hizo la situación para el gobierno de Oaxaca, que puso su esperanza en el Teniente Coronel Díaz, en su comparativamente reducido cuerpo de ejército y en su limitado campo de acción. En esos momentos críticos se recibió orden de México confiriendo á Díaz la Jefatura del Cantón de Minatitlán, situado al Noreste de Villa Alta y Tehuantepec y dándole instrucciones sobre el recibo y escolta á través de ese Cantón y del Istmo, hasta Acapulco, de un convoy de armas, municiones y material de guerra, carros de parque, provisiones, pólvora, plomo, cuero, guarniciones, correas de tiro y ropa para los soldados.

Entre otras cosas el convoy comprendía 8,000 fusiles, 2,000 cuñetes de pólvora y una gran cantidad de plomo, todo lo cual era urgentemente necesitado por las autoridades militares que operaban en Guerrero, Michoacán, Jalisco y México, para quienes estaban destinados. Estos pertrechos habían sido obtenidos en los Estados Unidos por conducto de Matías Romero, Ministro de México en Washington, sólo después de esfuerzos persistentes y multitud de

fracasos, porque el gobierno de Juárez no estaba en posibilidad de hacer anticipos de dinero para compras de cualquier clase, y aunque las autoridades de los Estados Unidos simpatizaban con Juárez y los principios que representaba, el gobierno no quería mostrar su simpatía. Por eso fué que sólo después de muchas promesas parciales, negociaciones y el ejercicio de paciente diplomacia, logró Matías Romero adquirir las armas que tanto se necesitaban. De todo esto el Teniente Coronel Díaz tenía amplio conocimiento; también sabía cuan urgentemente necesitados eran esos pertrechos en todos aquellos sitios de México donde los Republicanos mantenían sus posiciones. Pero la noticia de la llegada de esos pertrechos para el ejército liberal con cuarteles en el Sur y Oeste, había llegado á oídos del gobierno reaccionario, que también se hallaba urgido de elementos de guerra. Por lo mismo se destacaron 3 expediciones, desde Oaxaca, Córdoba y Orizaba con órdenes de apresar á toda costa el convoy y presentar batalla á las fuerzas de Juárez donde quiera que se les encontrase. Tan inminente era la situación, tan considerables eran las fuerzas enviadas contra el Teniente Coronel Díaz y tan probable el éxito de las poderosas expediciones lanzadas en su contra, que Juárez y sus ministros dieron por seguro que el convoy de armas caería en poder del enemigo y por ello se libraron órdenes urgentes á Díaz para que inmediatamente destruyese todo el convoy. Pero Díaz conocía demasiado bien cuántas dificultades, demoras y ansiedad había costado el obtener los efectos y armas cuya adquisición había gestionado Matías Romero en los Estados Unidos y los cuales se hallaban en aquellos momentos en Minatitlán. Así, pues, determinó salvarlos á todo evento. Era necesario obrar rápidamente porque Ojeda, Manzano y Trujeque, tres de los más notables jefes del partido reaccionario en el Sur, marchaban rumbo á Minatitlán con 8,000 hombres bien armados, compuestos de infantería, caballería y artillería. Era una fuerza muy superior á



NATURALES DE JUCHITÁN

la que el joven soldado podía esperar reunir; y aún contando con hombres era absolutamente necesario salvar los pertrechos de guerra si quería armar sus propias fuerzas. En adición á esto, existía en Tehuantepec y comarcas adyacentes un fuerte partido que favorecía á los reaccionarios, simplemente porque estaba en su interés hacerlo así. Este partido lo componían los contrabandistas, guerrilleros y el elemento foragido en general, quienes, como ya se ha dicho, habían resentido la actividad del joven comandante en interés del orden y estricta observancia de la ley, y quien hasta el momento de recibir desde Veracruz instrucciones de Ocampo, entonces Ministro de Guerra de Juárez, para destruir los artículos de guerra que se hallaban en Minatitlán, ignoraba el desastre ocurrido á la causa liberal en Oaxaca, porque las comunicaciones en aquellos días eran muy imperfectas entre distritos distantes entre sí como los de Tehuantepec y Villa Alta. Así es que muy á menudo sucedía que pasaban meses enteros sin que Díaz tuviese noticias de la Capital del Estado.

En la empresa que se proponía, la falta de nuevas la hacían más peligrosa, porque estaba obligado á obrar bajo la urgencia del momento y sin disponer de tiempo para prepararse para encontrar á un enemigo más fuerte que él, tanto en hombres como en equipo, y así fué que escribió á Ocampo inmediatamente después de recibir orden para destruir el material de guerra en Minatitlán, que en su concepto no era justo destruir, lo que había sido obtenido con tanto trabajo y teniendo que vencer tantas dificultades, privando así á los soldados de la República de tan importantes y útiles elementos de guerra. Que había, por lo tanto, decía, resuelto intentar poner á salvo los pertrechos en Minatitlán y en caso de no lograrlo estaba dispuesto á asumir toda la responsabilidad, con la esperanza de que el gobierno viese favorablemente su plan si el mismo tenía éxito. Era entonces el mismo Díaz que ahora: siempre pronto á afrontar todos los peligros en un trance desesperado,

y á aceptar la responsabilidad en caso de que sus proyectos fracasasen. Pero al mismo tiempo que estaba dispuesto á desafiar al peligro no se mostró menos activo en procurarse los medios de hacer aquél lo más pequeño posible, porque siempre era fuerte en recursos y pronto de acción.

En Juchitán, cerca de la ciudad de Tehuantepec, Díaz tenía muchos amigos y á ellos acudió en el momento crítico. Les expuso el por qué los necesitaba, haciéndoles creer que soldados de Oaxaca venían á apresar las municiones de guerra, las que serían usadas contra Tehuantepec por esos mismos soldados. Como entre Juchitán y Oaxaca existía una ardiente rivalidad y los habitantes de un lugar odiaban cordialmente á los del otro, casi todos los hombres capaces de Juchitán y sus alrededores se ofrecieron voluntariamente para ir con Díaz á salvar las armas en Minatitlán y evitar cayesen en manos de los soldados de Oaxaca; importaba poco á los indios el pelear contra liberales ó reaccionarios, su belicosidad era contra el pueblo de Oaxaca.

El conocimiento desplegado por el joven comandante acerca de la situación local y del carácter del pueblo de Juchitán, vino en su ayuda en lo que era aparentemente un trance desesperado y salvaron la situación.

El material de guerra había sido remitido desde New Orleans á bordo del vapor "Suchil," perteneciente á la compañía naviera "Louisiana Tehuantepec," con la condición de que los explosivos deberían ser transportados en otro buque, pues el capitán del primero no quería correr el riesgo de llevarlos á bordo. Así es que los dos barcos esperaban su descarga en Minatitlán. Este trabajo tenía que hacerse prontamente, pues las fuerzas enemigas avanzaban rápidamente sobre Minatitlán, donde sus espías habían ya localizado los pertrechos de guerra de los liberales.

Apresuradamente Díaz reunió sus hombres y á marchas forzadas se dirigió á Minatitlán, situado en



EXPLORADORES LIBERALES EN EL ITSMO.

dirección Noreste de Juchitán, abandonando la ciudad de Tehuantepec al enemigo si éste llegaba entre tanto.

En algunos lugares hubo que abrir caminos, que vadear ríos y estar siempre en constante alerta para prevenir sorpresas. A pesar de estas dificultades el convoy ganó tiempo y llegó á Minatitlán cuando el enemigo aún se encontraba como á 25 millas distante.

No había tiempo que perder. El trabajo que había de ejecutarse era rudo, toda vez que dos buques tenían que ser descargados en medio del río y su contenido llevado á la ribera; todo esto ejecutado en el tiempo preciso para permitir que el convoy se alejase del río antes de que los espías del enemigo lo descubriesen y pusiesen á las tropas de Trujeque en su pista.

De día y de noche se trabajó con todo ardor y tan rápidamente como fué posible hasta que la tarea quedó terminada.

El enemigo se encontraba ya á corta distancia y Díaz sabía que si tomaba el camino usual de Minatitlán á Tehuantepec no podría esperar escapar de ser detenido. Igualmente sabía perfectamente que no podía presentar una batalla victoriosa para él al ejército reaccionario, que además de ser más fuerte que sus soldados, estaba integrado por las mejores tropas de que Cobos podía disponer. Bajo circunstancias ordinarias no habría vacilado en poner en juego sus dotes y conocimientos del país contra la experiencia de las fuerzas militares de Trujeque; pero su expedición á Minatitlán no había tenido por objeto combatir, sino salvar para la causa liberal las armas, municiones y uniformes obtenidos á costa de tanto esfuerzo y espera. Así fué que determinó apartarse del camino real y seguir por senderos y veredas laterales conocidos por algunos de los indios que formaban parte de la expedición. Esto requería abrir en ciertos parajes nuevos caminos y cruzar arroyos.

Los indios con su preciosa carga iban adelante,

en tanto que los soldados cubrían la retaguardia para defender el camino contra las fuerzas enemigas.

No obstante las precauciones tomadas, su derrotero fué descubierto por Trujeque, quien se mantuvo en su persecución durante todo el viaje y Díaz, por lo tanto, tuvo que defender continuamente su retaguardia de los ataques del enemigo. Fué una marcha desesperada; pero el principio había sido una empresa poco más ó menos igualmente desesperada y el joven comandante tenía que adoptar medidas extremas, las que, debido á su determinación, su habilidad en el manejo de sus hombres y su conocimiento de la región, resultaron en su favor y el convoy llegó con seguridad á inmediaciones de la ciudad de Tehuantepec, rumbo á la bahía de Ventosa.

En su ausencia las fuerzas de Cobos habían ocupado á Tehuantepec, sin resistencia, y continuaban aún en posesión de la plaza cuando el piquete liberal llegó á las carcañas. Díaz tuvo noticia por sus espías de la ocupación de la ciudad y se disponía á dar un rodeo, cuando tomó la resolución repentina de recuperar del enemigo su antigua plaza fuerte. Comunicó su determinación á sus tropas, quienes acogieron entusiastas la propuesta. Parecía un designio lleno de audacia y locura el atacar una plaza que, como Tehuantepec, se hallaba tan bien defendida por tropas experimentadas de infantería, caballería y artillería y que disponía de una amplia provisión de municiones de todas clases, en tanto que muchos de los hombres bajo el mando de Díaz eran indios inexpertos que habían ido á Minatitlán con él, más como cargadores que como soldados. Pero su comandante conocía la aversión que el pueblo de Tehuantepec tenía al de Juchitán y confiaba en éste para conducirlos á un ataque nocturno contra su tradicional enemigo.

En las primeras horas de la noche del 24 de Noviembre de 1859, Díaz inició su avance sobre la ciudad de Tehuantepec. Evitó el camino real cruzando veredas y senderos á través de las montañas, pues aquella parte del país le era familiar, siendo su ob-



INDIO DE MINATITLÁN.

jeto el llegar al sitio de combate antes de que el enemigo se apercibiese de que había emprendido su marcha. En esto le favoreció el éxito, pues poco antes de la madrugada llegó al frente de las trincheras de la ciudad.

Cómo había previsto, su llegada no había sido anticipada y así pudo sorprender á los guardias avanzados del enemigo antes de que éstos diesen la voz de alarma. Durante esa maniobra no se disparó un solo tiro. Por los centinelas capturados supo Díaz la posición que ocupaba el enemigo en la ciudad, su número probable y otra información que le fué de gran valor en el ataque que había determinado comenzar desde luego.

Distribuyó sus fuerzas para el asalto reservando la porción principal para el ataque de los cuarteles, en tanto que pequeñas partidas fueron destacadas bajo el mando de sus oficiales de más confianza para atacar á los destacamentos enemigos esparcidos en la ciudad. Esto se hizo para simular la impresión de que el ataque provenía de una fuerza muy considerable, confundir así al enemigo y hacerle creer que el peligro le amenazaba por todos lados.

Apenas la luz de la alborada asomaba por el Oriente, cuando Porfirio Díaz dió la voz de avance de sus fuerzas hacia el ataque. Su bien combinada estratagema tuvo el mejor éxito. Después de una viva pelea tomó posesión de los cuarteles y dejando en ellos un destacamento suficiente para protegerlos, se apresuró á ir en socorro de sus otras pequeñas fuerzas que habían sido rechazadas. Por asalto tomó la Prefectura y allí hizo prisionera á toda la infantería enemiga.

Entre tanto la caballería enemiga había entrado en acción y atacaba las huestes de Porfirio en las calles; pero aquéllas formaron sus pelotones de reclutas en cuadro y así resistieron el encuentro, sembrando al mismo tiempo la muerte entre las filas de los soldados de caballería. Este, al fin, creyéndose rodeado se dispersó y huyó, dejando en posesión de la

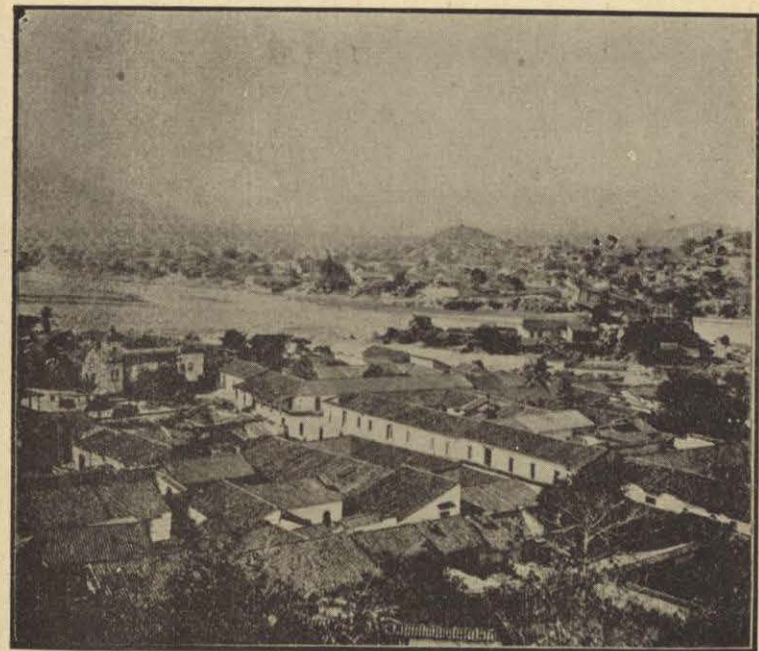
ciudad al osado guerrero, quien, contando con la infantería encerrada en los cuarteles y en la Prefectura, había hecho un número mayor de prisioneros que el total de sus propias tropas.

Pocos hechos de armas de Díaz fueron tan audaces y coronados de tan brillante éxito. La captura de la ciudad de Tehuantepec dejó libre el camino hacia Ventosa y confirmó la seguridad del más valioso convoy de armas que los liberales habían recibido hasta aquel entonces durante esa guerra.

La audaz realización del transporte de estas armas y la aún más osada captura de Tehuantepec, con un puñado de reclutas, dió fama al nombre de Díaz y alentó la esperanza en el corazón de Juárez de que todavía no estaba todo perdido en el Estado de Oaxaca.

Por su brillante hazaña Porfirio Díaz fué ascendido al rango de Coronel de la Guardia Nacional y para honrar más la ocasión, su despacho y comunicación respectiva fueron fechados el 25 de Noviembre de 1859, fecha en que 300 reclutas mal disciplinados, todos de raza indígena, habían capturado la ciudad de Tehuantepec entre las horas de la madrugada y las diez de la mañana, derrotando á una fuerza varias veces mayor en cuanto á número é infinitamente superior en disciplina y con las ventajas naturales de su posición para defensa, pues la victoria había sido ganada con infantería, en tanto que el enemigo poseía excelente artillería y caballería.

Por carecer de caballería Díaz no pudo perseguir por considerable distancia al enemigo y por esto el ejército de Cobos en Tehuantepec escapó de ser totalmente aniquilado. Pero los efectos de la victoria se hicieron sentir en todo el Istmo y aquellos que habían mostrado abierta hostilidad á los liberales se inclinaban ahora á ocultar sus simpatías por el partido que creían ser más á propósito para permitirles proseguir sus irregularidades con las cuales habían defraudado al Gobierno del Cantón la mayor parte de sus ingresos.



TEHUANTEPEC.



Pero aún cuando el camino á Ventosa se hallaba libre debido á la derrota del partido reaccionario en Tehuantepec, el problema del transporte de las armas y avíos de guerra tan dramáticamente salvados de la destrucción tenía aún que ser resuelto. La victoria de Díaz lo había colocado en una posición desde la cual podía con más facilidad dominar la situación. Ello le permitió reunir muy cerca de 200 carros en los cuales cargó el material de guerra, llevado hasta allí desde Minatitlán sobre las espaldas de los indios.

La necesidad de conducir las armas á un sitio seguro era urgente, pues aún cuando las fuerzas reaccionarias en la ciudad de Tehuantepec habían sido derrotadas, quedaban todavía aquellas que habían perseguido á Díaz desde Minatitlán y además las otras fuerzas armadas que Cobos había enviado al distrito de Tehuantepec.

Violentamente se remitió el material de guerra á Juchitán, donde Díaz contaba con muchos amigos y donde había obtenido los cargadores indios y hombres que le ayudaron al transporte de esas armas desde Minatitlán á la ciudad de Tehuantepec.

De nuevo puso en ejecución la misma táctica que había adoptado en su expedición desde Minatitlán. Evitó el camino real y avanzó por sendas transversales, lo que en ocasiones le obligó á abrirse paso á fuerza de machete á través de los bosques y breñales.

De Juchitán el convoy fué más tarde conducido á Ventosa y de ahí á su destino por José Romero, hermano del famoso Matías Romero, Ministro de Juárez en Washington. Don José condujo dicho convoy hasta Zihuatenejo, donde el General Alvarez lo recibió. Como este último trayecto fué hecho por la vía marítima y las fuerzas reaccionarias no contaban con buque alguno en las aguas del Pacífico, el viaje fué hecho comparativamente seguro.

Los dos años que Porfirio Díaz pasó en Tehuantepec, en medio de un pueblo reaccionario por instinto y por simpatía, la dramática salvación de las provisiones de guerra que tanto esfuerzo había costado

conseguir y que tanto se necesitaban por el partido de Juárez; la toma de la ciudad de Tehuantepec por un puñado de indios inexpertos y la remesa del convoy á Ventosa, en tanto que las tropas de Cobos afluían de todos lados hacia el sitio de acción, habían labrado al joven comandante una reputación como guerrero y táctico, que se había extendido por todo el Sur de México, haciendo que el gobierno liberal lo viese como el baluarte de su causa en todo el territorio, desde el moderno Estado de Guerrero hasta el Istmo de Tehuantepec.

Cobos había violentado las represalias contra Díaz con su invasión de Tehuantepec y los dos hombres se hallaban ahora frente á frente. En todos los encuentros previos Porfirio había llevado la mejor parte, no obstante que en muchas ocasiones hizo cara al enemigo con fuerzas muy inferiores en experiencia, número y armamento.

Los dos años de constante lucha, durante los cuales había vivido casi constantemente sobre las armas y contando sólo con sus propios recursos, habían dado á Díaz confianza en sí mismo y experiencia, factores de inestimable ventaja para la contienda aún más encarnizada que se aproximaba y en la cual debiera desempeñar el más prominente papel.

En esos dos años aprendió á conocer á fondo el carácter indio en tiempos de guerra; había adquirido una percepción de condiciones tan notable como en cualesquiera otras circunstancias no habría podido lograr tan bien, pues en Tehuantepec se había visto obligado á trazar su propio destino, lo que nunca habría realizado en forma tan brillante estando sujeto á órdenes constantes y á la supervisión de las autoridades centrales. Estas circunstancias y su naturaleza fecunda en recursos y actividad, arrojan luz sobre su casi invariable éxito durante los tormentosos años posteriores, hasta el día en que entró á la Capital de la República al frente de sus valerosos soldados cubiertos de andrajos y cicatrices y pregonó que el efímero malogrado imperio había terminado.



MESTIZA DE TEHUANTEPEC.